

óseas y férulas para su contención. A los 19 años formó parte de la Comisión americana para el estudio de la fiebre amarilla, marchando a Cuba donde trabajó directamente con Carlos Findley (descubridor del germen de la enfermedad), y padeciendo el mismo la enfermedad por tres veces, siendo un caso raro porque la enfermedad deja inmunidad permanente. Hace muy pocos años aun donó sangre para estudios experimentales sobre las lecciones de los globulos rojos de los pacientes que han sufrido esta enfermedad. Fué el primero en distinguir la fiebre tifoidea de la malaria, enfermedades que antes se confundían. Limpió de fiebre amarilla la ciudad de Nueva Orleans (llamada entonces ciudad de los mosquitos), haciendo destruir en 1885 sesenta mil cisternas donde a su placer se reproducían diariamente millones de mosquitos.

No hay rama de la medicina y especialmente de la cirugía donde no pueda leerse el nombre de Matas, pero su contribución máxima fué la creación de su procedimiento de «aneurismorrafia», conocido en todo el mundo por «operación Matas». Este método, que sirve para curar ciertos tumores de las arterias llamadas aneurismas. Fué efectuado por primera vez en 1888 improvisado sobre la marcha de una operación en un caso gravísimo de un negro de 26 años, que a consecuencia de una perdigonada presentaba una lesión de este tipo en la raíz del brazo. Al describir la operación en una revista técnica decía modestamente: «Al intentar mi método no tenía más guía que el fracaso de los 19 intentos de sutura arterial de Glueck, pero las exigencias del caso hacían necesaria mi actuación, y vi tan sencilla la maniobra que creo cualquiera en mi lugar hubiese adoptado instintivamente esta fácil solución». El ingenio y la imaginación de este hombre pudo salvar la situación creando el método por el que más tarde fué conocido.

El yanqui catalán en Nueva Orleans

Matas fué un gran amante de las bellas artes y el promotor de toda la vida musical de Nueva Orleans. Fué, además, uno de los principales protectores del «Delegado Museum of Art» y organizador de sus premios anuales de pintura. Nueva Orleans sabía perfectamente que amaba a Matas, porque éste representaba una pieza de su vida interior y de su progreso. Matas era una institución venerada y respetada por todos y a la que por cualquier motivo se debía cumplimentar. Así, durante las célebres fiestas del Carnaval, cuando el «rey» llega a la ciudad en su monumental carroza, el primer sitio adonde se dirigía para brindar era a casa del profesor.

Cenar con él en «Antoine's» del Vieux-Carré era revivir la época ochocentista de la Louisiana que tantas novelas y películas ha evocado. Otra cosa que me deleitaba era salir con él de paseo, pues a sus 89 años aún gustaba mucho andar. Poseía una memoria portentosa, y me apabullaba con detalles no sólo de los Estados Unidos, sino del mismo Barcelona, de San Feliu de Guíxols, y aún de nuestros amigos o familiares que ni yo mismo recordaba.

Adiós a nuestro Matas

Matas vivía en una casa de estilo colonial, rodeado de libros por todas partes; en la biblioteca, en el comedor, amontonados en el suelo, sobre las sillas. Dondequiera que uno mirara no veía más que libros de medicina de literatura, de arte, y en todos los idiomas. Estaba suscrito a la mayor parte de revistas profesionales de todo el mundo, y además fundó la biblioteca de la Escuela de Medicina de la Universidad de Tulane, a la que mandaba la mayoría de sus libros y revistas, biblioteca que hoy lleva su nombre y que en la actualidad posee un total de más de 50 000 volúmenes, aparte de 400 000 artículos sueltos y folletos, y una colección de fotografías de los más eminentes cirujanos de todo el mundo, y entre los que figuran varios compatriotas nuestros (Piulachs, Trias, Pujol, Martorell, etc.) Pasó gran parte de su vida leyen-

do, encerrándose en ocasiones durante una corta temporada en la biblioteca después de avisar a todos sus amigos que estaría de viaje. Y llevaba esta sobreactividad siendo tuerto, pues había perdido su ojo derecho al contagiarse durante una intervención poco tiempo después de terminar la carrera.

Estas columnas de libros entre las que se movía como el pez en el agua, fueron para el una tragedia estos últimos años, al quedar completamente ciego a causa de una progresiva miopía y glaucoma. Hasta el placer de escribir a sus amigos con su letra menudita y apretada con lo que tanto gozaba tenía ahora que confiarlo al dictado de su fiel secretario. Me escribía: «Mis ojos han sido una gran pérdida. La peor operación que he tenido que efectuar en mi vida, ha sido amputar de mi cuerpo la biblioteca; de otra forma no hubiese sentido el peso de los años ni perdido interés por los problemas humanos».

Con su barba blanca y su aspecto venerable. Matas representaba como muy bien describía el periodista Weller, el arquetipo de la grandeza española, benevolente, con el color y la textura de su piel como la vitela y las facciones aquilinas tras el bigote y la barbilla plateados. Amó a la medicina y giró toda su vida alrededor de ella. En broma acostumbraba a decir, «me gusta todo lo referente a la medicina excepto tomarlas yo mismo». Vivió modestamente y fué parco en el cobro de sus honorarios, lo que no le impidió acumular una gran fortuna con su dilatada y activa carrera, fortuna que siempre nos dijo que quería revertir sobre la misma Universidad que lo había formado. Y así realmente ha sido, pues ahora al abrir el testamento se ha visto que solamente para la biblioteca que lleva su nombre ha dejado un millón de dólares y la casa de la Avenida Saint Charles donde vivía, aparte de 25.000 dólares de la Touro Infirmary y 25.000 dólares al Charity Hospital.

Su contribución a la literatura profesional ha sido enorme habiendo publicado más de 300 artículos así como diversos volúmenes, dejando inconclusa su obra póstuma «Historia Médica de la Louisiana», que en realidad es una Historia General de la Louisiana en la que llevaba varias décadas trabajando y que debía comprender 16 volúmenes. Su librito médico filosófico «El alma del cirujano» escrito en 1915 orientando a los estudiantes noveles es aun en Estados Unidos muy solicitado. En él se encuentran magníficos párrafos que descubren su fina sensibilidad.

«Amabilidad, compasión, ternura, no excluyen firmeza».

«Persuasión y autoridad pueden ir de la mano»

«Ni la severidad ni el temperamento inflexible son incompatibles con una gran paciencia y una simpatía genuina.»

«El joven que se afecta profundamente y se derrumba al presenciar la primera intervención, muestra ser completamente normal que está física y psíquicamente sano. Muestra que tiene buenos sentimientos e imaginación, que tiene compasión y que tiene una cualidad humana que lo convertirá en un cirujano humanitario. Es un hombre que se preocupará y que con su fina sensibilidad sentirá más el peso de su responsabilidad cuando le llegue el turno de ser un maestro. Es una equivocación del vulgo creer que la vista de la sangre es indiferente al cirujano. Al contrario, cuanto más viejo y experimentado es este, más conservador se vuelve y menos sangre quiere ver en sus operaciones. Todo buen cirujano está satisfecho cuando puede hablar de una operación practicada sin hemorragia, y se siente apesumbrado si tiene que admitir que no ha habido forma humana de evitar una gran pérdida de sangre en la operación. Etc.»

No quiero cerrar esta crónica sin rendir tributo de agradecimiento a Sam, su fiel criado negro, que durante los dos años que Matas ha estado internado en la Clínica y en estado semiconsciente, no ha abandonado la habitación ni un solo instante. Para saber decir adiós de esta manera, hay que estar indudablemente muy cerca del cielo.